

mismos el don más precioso que el hombre puede recibir sobre la tierra, ó sea *la gracia santificante*, ya se comprende bien su *excelencia* maravillosa; sin embargo, conviene que paremos aquí nuestra atención cristiana y que miremos su grande trascendencia con los ojos de la fe.

12. Desde el punto de vista moral, únicamente los Sacramentos de la Iglesia pueden formar la verdadera honradez del hombre. Llámase hombre honrado al que modera y tiene á raya todas sus pasiones, ajustándolas estrictamente á lo razonable y bueno; al que conserva su dignidad nativa, sobreponiéndose á todo el oleaje de las turbulencias y vanidades humanas; al que es fiel y exacto en el cumplimiento de sus deberes individuales, religiosos y sociales; al que, en una palabra, es *justo* en todas sus acciones y para con toda suerte de personas. ¿Y quién que no se halle enriquecido con una *fuerza divina é incesante* podrá domeñar tan en absoluto las rebelías continuas de su naturaleza degradada? Pues esta fuerza es la que comunican á las almas cristianas los santos Sacramentos. Ellos, es verdad, son causas instrumentales de la santificación; pero obran bajo la influencia de la sacratísima humanidad de Jesús, llenos de los soberanos méritos y de la omnipotencia del Verbo. ¿Puede concebirse mayor grandeza y eficacia mayor en los actos sagrados de la Religión?

13. No hay cosa más sublime ni que más nos eleve y dignifique, ni que nos una más á Dios, que los santos Sacramentos; pues sin esos signos augustos jamás ascenderíamos á la categoría de seres sagrados, ni cumpliríamos los designios de Dios sobre nosotros. El Señor nos crió para su gloria; para que en todo lo posible formemos una sola cosa con Él; para que seamos movidos y obremos por su mismo espíritu; es más: nuestro propio corazón aspira constantemente á esa felicidad, á esa unión, á vivir de la misma vida de Dios, y por ello suspira noche y día, según aquella hermosa frase de San Agustín: *¡Ah, Señor! Nos has criado para Ti, é inquieto está nuestro corazón hasta que descansé en Ti.* ¿Y cómo conseguir esto sin la fortaleza, y la gracia, y la unión que se nos confiere en los santos Sacramentos, recibidos, ó á lo menos deseados?

14. No se puede dudar; los Sacramentos establecen entre nosotros y nuestro supremo Hacedor una como compenetración íntima de su misma vida divina, y satisfacen por completo las necesidades generales de nuestro espíritu débil y enfermizo. Ellos son á manera de un *foco de vida* establecido misericordiosamente por Cristo nuestro Señor, y enriquecidos con sus méritos infinitos para que todos

los hombres, justos y pecadores, podamos recibir el elemento reparador que hayamos menester. Unos recibirán por ellos la vida de la gracia, de que antes carecían; otros sostendrán y aumentarán dicha vida, haciéndose aptos para reñir las batallas del Señor; á éstos les servirán para restablecer sus fuerzas espirituales y salir victoriosos en las acometidas de los enemigos de su ánima; á aquéllos para restañar sus heridas y evitar que tornen á renovarse en su espíritu. Son además los Sacramentos un como *fuego sagrado*, en el cual se pueden acrisolar las almas, encender en santos deseos y abrasarse en amores divinos, acercándose á él con entera confianza, porque allí espera Dios para darle beso de amor. Son *fuego inextinguible*, porque la gracia que ellos producen y comunican es como la luz y el calor del sol, que siempre se difunden en los seres creados y siempre permanecen lo mismo, con igual fuerza y vigor. Son *fuego accesible á todos los hombres*, porque á todos se ofrecen suavísimos y bajo los signos de las cosas más simples, más comunes y más fáciles de obtener. ¿Quién no puede recibir los Sacramentos y las gracias inefables que á ellos van viculadas? ¡Cuánta es la hermosura y cuánta la excelencia de los santos Sacramentos!

15 Pero junto con lo dicho hay mucho más que admirar aquí, porque los Sacramentos son los medios por los cuales Dios se complace en hacer su morada en el hombre; y una vez hospedado en el alma, *la transforma* y se irradia en ella, difundiéndose en lo íntimo de todas sus potencias, en su inteligencia, en su voluntad, en su corazón, y la da cierto ser deífico, que si lo viéramos con los ojos materiales, sería cosa de enloquecer de amor sagrado. No se estiman estas gracias, ni se agradecen, porque no se consideran.

Por esos signos augustos Dios se comunica á nosotros, como el fuego al hierro que enrojece, penetrándonos, estrechándonos y haciéndonos semejantes á Él. Su ser divino entra en el nuestro, al modo que la luz en los cuerpos diáfanos, y nos hace partícipes de su propia naturaleza. Insinúase el Señor en nuestro espíritu, y en él persevera, cual si se identificara con nosotros, como el perfume en la substancia del vaso que la contiene. Es decir, que Dios imprime en nuestra alma sus perfecciones sacrosantas, su propia vida, para que vivamos, no ya nosotros, sino Él en nosotros, y nuestras obras sean más suyas que nuestras, puesto que son inspiradas, ayudadas y perfeccionadas por su gracia y por su virtud omnipotente.

16. He aquí, en breve resumen, lo que son los Sacramentos de la Iglesia. Son *dádivas* preciosas de nuestro Señor Jesucristo para regenerar nuestro espíritu y sublimarle, uniéndole á su propia ado-

rable persona y á su Padre celestial. Son *medicinas* espirituales y sagradas para nuestra alma enferma y agonizante, la cual es curada, santificada y deificada (cuanto es posible á humanas criaturas) por la digna recepción de los santos Sacramentos. Son *fuentes ó canales* inagotables de las divinas gracias, instituidos por Cristo nuestro bien para realizar en nosotros la grandiosa maravilla de la santificación de nuestras ánimas; son *señales sacrosantas* que traen á nuestra memoria las misericordias de Dios, los beneficios que nos prodiga, el agradecimiento que le debemos, el amor que nos exige, y el cúmulo de sus perfecciones infinitas; son, como expone el Angélico Doctor, «*un memorial* de lo que el Señor ha hecho por nuestra salvación, *una prueba* de lo que obra en nosotros la pasión de Jesucristo, y *una profecía* de nuestra futura gloria» (1), son como el *acento amoroso de Jesús* que, dirigiéndose á nuestro pobre corazón, nos dice: «Cristianos míos, todos los méritos infinitos que he granjeado desde el establo de Belén y la casita de Nazareth hasta el huerto de las Olivas y la cima del Gólgota, os los presento acumulados en los augustos signos de mis Sacramentos, para que la Iglesia, mi Esposa amadísima, os los aplique por modo sensible, suave, fácil y seguro, y podáis arribar felizmente á las eternas mansiones del cielo.»

Esto parece decirnos Jesús. Bendigamos al Señor por dones tan inefables; bendigamos al Verbo divino encarnado que los instituyó para nuestro bien; bendigamos á la Iglesia, nuestra Madre, que nos los administra, y con el corazón rebosando gratitud y amor, digamos una y mil veces: *¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar, Sacramento de amor y Sacramento de los Sacramentos!*

(1) S. Thom., *Summ. Theol.*, p. III, q. 60, a. 3.

CAPÍTULO II

Los Sacramentos, el plan divino y la naturaleza humana.

1. Doctrina de la Iglesia.—2. Razón de este capítulo.

HABIENDO considerado la *naturaleza* de los Sacramentos de la Iglesia, su *institución divina* y la *excelencia* sobrehumana de que se hallan revestidos, conviene ahora declarar su *número*, *necesidad*, *diferencias* y las *armonías* que encierran bajo diversos aspectos.

2. No sería, en verdad, necesario descender á tales estudios, tratándose de simples fieles arraigados en la fe católica; mas como ahora la secta impia de los protestantes, además de haber falseado el concepto de la justificación, disparata sobre el *número* de Sacramentos, admitiendo unos y desechando otros, como mejor cuadra á sus impíos propósitos, hácese preciso que los católicos vivan alerta y sepan bien que los signos sacramentales *fueron instituidos por nuestro Señor Jesucristo en número de siete, con diferencias notables entre sí, con bellas y admirables armonías, y que en manera alguna son cosas superfluas, sino enteramente necesarias para la salvación*, como luego diremos.

Dios nuestro Señor imprime en cuanto hace el sello divino de su infinita sabiduría, y al tratar de comunicarnos su gracia por señales exteriores, hizolo de tan prodigiosa manera, que asombran las armónicas relaciones establecidas entre los Sacramentos, el plan divino y nuestra naturaleza humana. Discurremos un momento sobre estos particulares, expresando con sencillez:

- 1.º El número, necesidad y diferencia de los Sacramentos.
- 2.º Sus maravillosas armonías.